

De cómo sobreviví al primer portazo en la cara

**He aquí una anécdota poco conocida que muestra, en ocasiones, la dureza que acompaña el ejercicio del periodismo, catalogado por Albert Camus, y difundido luego por García Márquez, como “el oficio más bello del mundo”.*

✓ Por
ALBERTO SALCEDO RAMOS*

Tenía veintidós años cuando me enfrenté por primera vez a la necesidad de encontrar un trabajo como periodista. Estaba muerto del susto, me sentía solo y, para colmo de males, di entonces con un tipo de malas pulgas que convirtió aquella experiencia en una pesadilla.

Fue en 1985. Acababa de terminar mi carrera de periodismo en la universidad. Como me había casado unos meses atrás —a los veintiún años— y pronto me iba

a convertir en padre, necesitaba con urgencia un trabajo remunerado. Hasta ese momento yo había publicado artículos breves en un pequeño periódico de Barranquilla, la ciudad del Caribe colombiano donde nació.

Escribía por el simple gusto de ver mi nombre impreso en letras de molde. Mi madre decía con sarcasmo que yo no actuaba como profesional sino como penitente. Ni siquiera les pedía a los dueños del periódico que cubrieran los gastos de transporte en que incurría durante el trabajo de campo. Mientras fui soltero pude permitirme tamaño idealismo, pues no afectaba a nadie. Al estar casado y a la espera de un bebé, partirme el lomo sin cobrar

ya no habría sido visto como un acto romántico sino como un gesto indolente. De modo que me tocaba conseguir empleo.

En Barranquilla no se abrió ninguna de las puertas que toqué. Los dueños del pequeño periódico donde publicaba, quienes me habían tratado con mucha amabilidad mientras escribía gratis, empezaron a mostrarse distantes cuando les dije que necesitaba remuneración.

Decidí probar suerte en un lugar ubicado a ciento veinte kilómetros de distancia: Cartagena, la ciudad turística más importante de Colombia. Allí se acababa de fundar el periódico “Calamarí”. Calamarí era el nombre que te-

** Alberto Salcedo Ramos es un periodista barranquillero egresado del programa de comunicación social de la Universidad Autónoma del Caribe. Ha ganado innumerables premios de periodismo, entre ellos, el Ortega y Gasset y Premio a la Excelencia de la SIP, al igual que cuatro Simón Bolívar. Maestro y tallerista de la FNPI, y autor de seis libros de periodismo narrativo, entre ellos, El oro y la oscuridad y La eterna parranda.*

nía el lugar antes de la llegada de los conquistadores españoles. En lengua indígena significa “tierra de cangrejos”. Todavía en los atardeceres de estos tiempos, cuando uno recorre a pie los barrios adyacentes al mar, se topa con cangrejos desorientados que abandonan la cómoda arena de la playa y salen a morir en el duro asfalto de la calle.

Varios amigos cartageneros me avisaron que en ese periódico de circulación semanal estaban

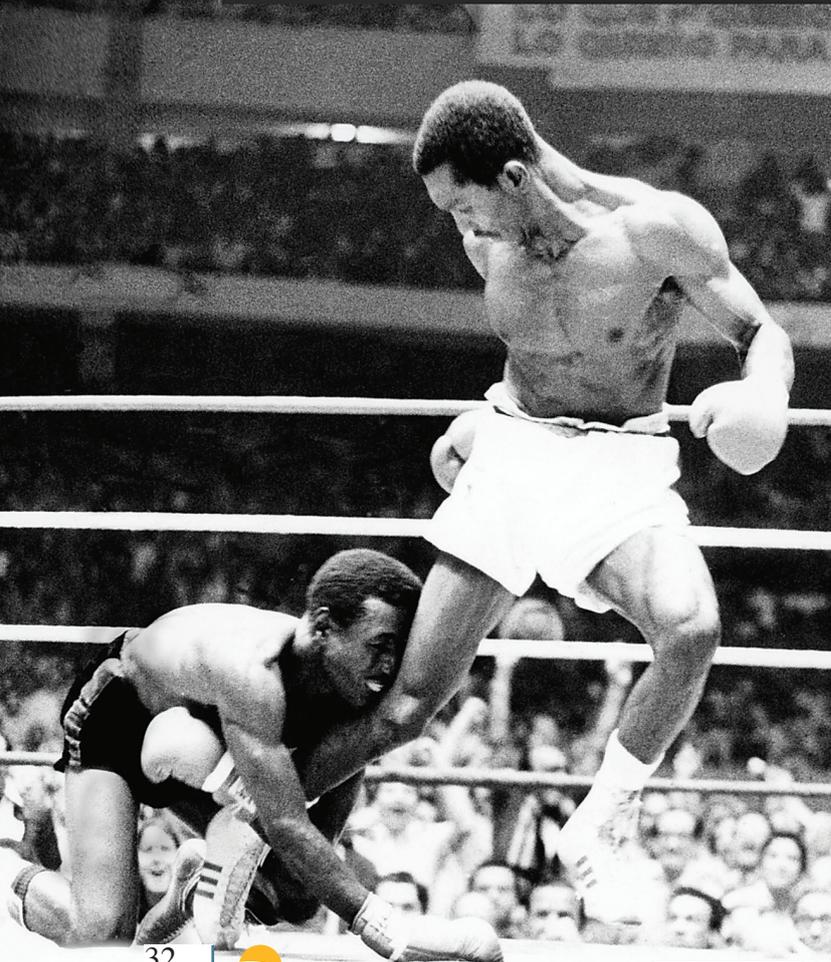
“Varios amigos cartageneros me avisaron que en ese periódico de circulación semanal estaban necesitando redactores. Había posibilidades para un muchacho sin experiencia como yo, porque se trataba de un proyecto nuevo que no contaba con presupuesto suficiente para contratar a periodistas veteranos. Así que desde Barranquilla, por teléfono, solicité una cita con el gerente, José María Martínez Aparicio”

”

EL ORO Y LA OSCURIDAD

La vida gloriosa y trágica de Kid Pambelé

Alberto Salcedo Ramos



Cubierta de uno de los libros de mayor éxito editorial. Después del portazo en la cara del cronista, llegaron los reconocimientos.



necesitando redactores. Había posibilidades para un muchacho sin experiencia como yo, porque se trataba de un proyecto nuevo que no contaba con presupuesto suficiente para contratar a periodistas veteranos. Así que desde Barranquilla, por teléfono, solicité una cita con el gerente, José María Martínez Aparicio. El encuentro fue programado para un martes a las diez de la mañana. Asistí puntual. Después de una espera de tres horas la secretaria me informó que la reunión se corría una semana. La segunda vez fue un calco de la primera: la misma antesala, la misma espera, la misma desesperanza. De nuevo la mujer volvió a decir que la reunión se aplazaba. Le conté que vivía en Barranquilla y que para cumplir cada cita debía hacer un viaje de tres horas –ida y vuelta– y gastarme un dinero que no tenía. Además le dije que me quedaría allí esperando al señor, pues me resultaba imposible volver por tercera ocasión. Ella se encogió de hombros y me pidió, con una seña de la mano, que aguardara un momento. A continuación entró en la oficina de su jefe. Minutos después regresó



“El hombre miró altivamente a todos los visitantes, y preguntó quién era el insolente que lo seguía esperando en contra de su voluntad. Sentí el clásico nudo de la angustia en la garganta”.

acompañada por un hombre regordete. Vestía de blanco desde los zapatos hasta la camisa, y olía a colonia Jean Marie Farina. El hombre miró altivamente a todos los visitantes, y preguntó quién era el insolente que lo seguía esperando en contra de su voluntad. Sentí el clásico nudo de la angustia en la garganta.

—Lo que pasa —dije con la voz temblorosa— es que yo vivo en Barranquilla, doctor, y para venir acá me toca incurrir en unos gastos que ahora mismo no puedo cubrir...

El hombre no me dejó terminar. Mirándome con una dureza ines-

perada me soltó aquella andanada terrible:

—¿Y qué culpa tengo yo de que usted sea un muerto de hambre? Yo tengo mi comida segura en la casa. Usted es el que necesita y usted es el que tiene que volver cuantas veces sea necesario.

Sentí que su brutalidad era innecesaria. Nunca he sabido cómo actuar en tales casos. Por lo general las palabras se me extravían y quedo paralizado. Lo único que atiné a pronunciar fue un “disculpe” seguido de un “hasta luego”. Decidí cubrir a pie la distancia entre el centro histórico

de Cartagena, donde quedaba el semanario “Calamarí”, y la casa de mi tío Gonzalo en el barrio Crespo. Me fui caminando por la Avenida Santander, que bordea el mar. A ratos el agua salada me salpicaba la cara y se mezclaba con mis lágrimas. Me sentía humillado.

Al poco tiempo conseguí un trabajo, y luego otro, y desde entonces, por fortuna, nunca me ha faltado qué hacer. He tenido oportunidades, he viajado por ríos y montañas, he atravesado selvas y desiertos. Como reportero he sido testigo de excepción de ciertos acontecimientos

importantes que un ciudadano común solo puede ver a través de la televisión; he conocido a personas que me han enseñado mucho sobre la condición humana. Hace poco recordé el episodio. Al verlo en perspectiva me pareció muy útil: me fortaleció de manera oportuna, me enseñó que siempre hay alguien dispuesto a tirarnos la puerta en la cara, me permitió ver de qué material estaba hecho para re-

sistir y defender mi pasión por el periodismo.

Me enseñó, sobre todo, que quien quiere ser reportero será reportero aunque lo saquen a patadas de todos los periódicos. Me parece una lección útil para estos tiempos en que todo el mundo anda con su queja a cuestas. ¿Qué hacer para sobrevivir? Resistir, seguir en la brega. Convendría también empezar a entender que

lo que está en crisis no es el periodismo sino los periódicos, porque no supieron reaccionar ante ciertos cambios en el negocio.

A veces me pregunto qué será de la vida del señor Martínez Aparicio. Por una especie de curiosidad que pudiéramos llamar profesional, quisiera encontrarlo para ver cómo luce hoy. No importa que siga siendo un tipo de malas pulgas. ■

“

Me enseñó, sobre todo, que quien quiere ser reportero será reportero aunque lo saquen a patadas de todos los periódicos. Me parece una lección útil para estos tiempos en que todo el mundo anda con su queja a cuestas. ¿Qué hacer para sobrevivir? Resistir, seguir en la brega. Convendría también empezar a entender que lo que está en crisis no es el periodismo sino los periódicos, porque no supieron reaccionar ante ciertos cambios en el negocio

”



Alberto Salcedo autografía su más reciente publicación, *La eterna parranda*, otro de sus exitosos libros narrativos.

